

Un día del campesino diferente

Por Carlos Iván Degregori

EL FUDAN, NUEVA ETAPA

Y es así como en vez de la hace ya tiempo fenecida fiesta criolla de la Pampa de Amancaes, recuerdo de una Lima que se fue, el Día del Campesino se celebrará hoy en la capital con un gran mitin en la Plaza Manco Cápac, organizado por el Frente Único de Defensa del Agro Nacional (FUDAN). La creación del FUDAN y la realización de este mitin con participación de delegaciones de todo el país, son el reflejo y la concretización de las profundas transformaciones de nuestra sociedad. Son miembros del FUDAN desde los campos y ashaninkas de la Selva, pasando por los comuneros pobres quechuas y aymaras, hasta los obreros agrícolas de la Costa Norte, los cooperativistas, los cafetaleros y sus organizaciones: CCP, CNA, CECO AAP, FENCOCAFE. Están pues campesinos pobres, obreros, pequeña y mediana burguesía agraria, técnicos, ingenieros; todas las verdaderas fuerzas vivas del agro, dispuestas a luchar por su supervivencia y la del país. El movimiento campesino y rural en general, prueban su definitiva modernidad, reivindicando al mismo tiempo miles de años de historia y tradición nacional abriéndose simultáneamente a la técnica, la ciencia y todo lo que ofrece el mundo contemporáneo.

Este es sólo el principio. Quedan por delante tareas históricas y otras inmediatas: La movilización contra la ley Ericsson; la unidad CCP-CNA, gestando un liderazgo obrero-campesino del movimiento; la ampliación y consolidación del FUDAN; la elaboración de una alternativa democrática y popular para el problema agrario y alimenticio en el Perú; la generalización del combate contra la destrucción del agro, llamando a las poblaciones urbanas y especialmente obreras, barriales y populares a unirse a la lucha como consumidoras, afectadas por la política agraria y alimentaria del régimen. De tener éxito, se formará en nuestro país un hueso muy duro de roer, donde se quebrarán los dientes de la burguesía transnacional.

La noche de San Juan es la más larga del año y, en la Sierra, suele ser la más fría. Todos los cerros se iluminan con fogatas encendidas para conjurar las bajas temperaturas y también para combatir con su luz ese temor atávico a que el sol —que ha ido alejándose del cenit— se hunda para siempre en el horizonte y regrese así el mundo a la noche primigenia.

Al día siguiente, culminaban otrora en el Cusco imperial las celebraciones más solemnes de ese imperio agrícola, el Inti Raymi, que marcaban el solsticio de invierno.

Hoy, en los megalitos de Saqsaiwaman se agolpan rubios turistas de Norteamérica, Europa y Miraflores, junto a compactas masas populares del Cusco y otras ciudades del país, para esperar una versión diferente de esas antiguas celebraciones.

Parece ser que en los últimos años se han hecho esfuerzos para erradicar, al menos parcialmente, todo el pastiche que rodeaba el espectáculo, tratando de reproducir el "auténtico" Inti Raymi. Pero dicha

auténticidad es irrecuperable. Otros son los tiempos y, perdido su carácter sagrado, la fiesta se ha convertido, le pese a quien le pese, en espectáculo exótico y "turístico", no sólo para los visitantes extranjeros, sino también para las masas populares que presencian la fiesta.

Y no sólo en el Cusco, también en Lima, en los estadios de Surquillo, Alianza Lima, Universitario de Deportes y en el canchón de la fábrica FAM millares de migrantes se agolparon el domingo pasado para presenciar el "auténtico Inti Raymi cusqueño". Iban a observar el sacrificio de la llama y al seudo inca vestido de colorines levantando la vasija ritual, con ojo parecido al del turista en busca de lo exótico, aunque en muchos pudiera haber una cierta identificación nacional y un cierto orgullo, y aunque la representación terminara en una auténtica fiesta popular.

No es cuestión de llorar por los tiempos idos, sucede simplemente que los tiempos han cambiado, en muchos casos para bien.

No se trata ya más de los indios exóticos aislados en su ghetto andino y mirados con curiosidad y lástima por el Perú criollo, oligárquico y transnacional, como ruinas supervivientes de un imperio vencido. Indios y mestizos, campesinos, artesanos, comerciantes, son los protagonistas centrales —no sólo en el campo sino también en las ciudades— de un acelerado proceso de cambios que viene transformando la faz del país.

Es un proceso difícil y muchas veces sangriento en que el campesino redobla su lucha por la tierra, por pan, trabajo y precios justos para sus productos. En el terreno de la cultura se trata asimismo de un proceso doloroso y contradictorio en que se enfrentan las fuerzas del etnocidio, de la destrucción cultural y de la alienación, contra las fuerzas de la reafirmación democrática y nacional.

El fracaso del corporativismo en el campo en la década pasada y la consolidación de la CCP y la CNA como organizaciones campesinas independientes, el combate contra el retorno de los gamonales,

las rondas campesinas, la revitalización de la comunidad como instancia democrática y de defensa del campesinado, son hitos decisivos de la resistencia campesina contemporánea.

Pero la lucha continúa. Los terratenientes se encuentran casi extintos, pero en su lugar, más poderosos y eficientes, la gran burguesía y las transnacionales profundizan la rapiña del campo. El decreto legislativo 02, llamado de Promoción Agraria, pretende consagrar legalmente este saqueo. Pero su labor destructora encontrará dura resistencia. Primero, porque al frente estarán una CCP y una CNA que han madurado y, además, porque en el agro, el campesinado no está más solo. El desarrollo capitalista ha diferenciado a los trabajadores y productores agrícolas en un gran abanico que abarca desde el proletariado agrícola y los cooperativistas, hasta pequeños y medianos productores, todos golpeados por la política del actual régimen.